

VEJEZ:

¿plenitud

o
tragedia?

S IEMPRE creí que la vida es un continuo desvelar el misterio del hombre. El hombre es para nosotros algo tan apasionante que nos sería difícil entender un mundo sin coloquio, sin balance diario de actitudes humanas, sin marcha sudorosa en comunión de empresa o de ideario con nuestros semejantes. Así nos hizo Dios y está bien hecho.

Hace unos meses un artículo periodístico de Carmen Laforet enfocó mi interés hacia una etapa gris de la existencia humana: la vejez, con su aliento y su niebla, su llanto y su nostalgia. "Los viejos, decía Laforet, no son una cosa abstracta, rara, que no ofrece promesas al futuro y de la que así, en general, no hay por qué preocuparse, aunque uno quiere mucho a sus propios viejos. *Los viejos son nuestro futuro, somos nosotros mismos; arreglar su presente es arreglar nuestro porvenir. La vejez debe ser nuestro estímulo y no nuestro terror*" (1). Quizás estas palabras no pudieran ser escritas por un adolescente.

La vejez como estado ineludible en la vida encierra unos valores de maduración síquica que no son perceptibles de ordinario por el joven vulgar. El joven puede sentir reverencia, respeto, admiración, rebeldía ¡qué sé yo! ante el anciano. Sólo cuando comienza a madurar y cuenta por decenios su propia edad empieza a comprender —comprender ya es amar— a la vejez en sí como "estado en la vida". Porque el anciano es eso: un hombre que ca-

NOTAS
PARA UN
PROLOGO

espiritualidad

J. MORALES M.

balga en la existencia con el mismo derecho que los jóvenes a buscar "su" camino y encontrarse a sí mismo. El anciano, con su rostro lejano cargado hasta la borda de viejas sugerencias, es quizá una encarnación nueva de la belleza humana. No la belleza fácil, puramente exterior, del anuncio o la "estrella" sino esa otra belleza que roza ya lo abstracto y que sólo puede ser intuida con corazón de artista.

Reconozcamos honradamente —y es pecado de todos— que a nuestra sociedad supersintetizada el anciano le viene un poco ancho. Nos hemos acostumbrado a los pisos en germen, al turismo de horas, al trabajo masivo y despersonalizado y a la ingente tarea de una productividad inagotable (no me refiero precisamente a España). Y como recompensa, claro está, el disfrute sediento de bienes materiales, al menos como anhelo. En todo esto hay mucho de ineludible y mucho más de positivo. La vida se nos impone. La vida la hacemos nosotros pero somos al mismo tiempo víctimas de la vida. Y el anciano con su caminar lento, su filosofía, su concepto del diálogo y de la vieja "historia" que es un modo económico de intentar renovarse, se encuentra muchas veces desplazado de la vida. Al anciano le ocurre lo que al niño y al joven: ellos tienen su ritmo y forzarles el ritmo es producir la angustia. De ahí esa pregunta que el anciano se hace en sus ratos de espera: ¿mi vida, en este instante, tiene ya algún sentido? Vienen como res-



puesta las evasiones. Evasiones las más de las veces infantiles. Se ha producido una ruptura con el ambiente y el anciano se venga del ambiente añorando "lo suyo". En su palabra lenta, las más de las veces no hay rencor; más bien, defensa propia. Hay también, por supuesto, ancianos humoristas que saben encontrar en cada esquina un retal de ironía. Hay ancianos locuaces, ingenuos como chiquillos, que eslabonan historias increíbles y a fuerza de contarlas han llegado a creerlas. Hay ancianos huraños, en perpetuo divorcio con sus semejantes. Otros, finalmente, que lloran en silencio lo que llaman sus penas y viven moribundos del brasero a la cama y de la cama al brasero. Sin tocar el problema, cada día más acuciante por la mayor longevidad, de las jubilaciones forzosas en plenitud de facultades. Son tremendos aldabonazos exigidos sin duda por el bien común, pero que nos sugieren un posible replanteamiento de nuestras estructuras sociales en esta materia. Hay ancianos que a los 70 años podrían desempeñar su profesión no sólo con pericia sino con elegancia. Otros, a los 60 se siente impotentes para seguir remando. ¿Sería de desear un cierto margen en este punto?

Esbozados en pocos rasgos algunos de los problemas elementales del anciano, creo llegado el momento de enunciar un principio indiscutible: *necesitamos urgentemente caer en la cuenta de que la vejez es una etapa interesante de la vida, con su ritmo propio, su espiritualidad propia, sus "posibilidades", y es deber de todos respetar ese ritmo y ayudarnos mutuamente a llenar de sentido nuestra propia vejez y la de los demás.* "Los viejos son nuestro futuro, somos nosotros mismos; arreglar su presente es arreglar nuestro porvenir" (Laforet).

(1) Artículo periodístico publicado en «Ya»: «Vacaciones de vejez».

Nuestra vejez futura

Lo primero que tenemos que hacer es reconciliarnos anticipadamente con nuestra vejez futura. Hay que perderle el miedo. Aunque nos cueste. Lo mismo que el muchacho debe perder el miedo a la ausencia familiar si quiere ser un hombre que forje su destino en estudios universitarios lejos de su terruño. Lo natural es eso: que el joven se desprenda poco a poco de la casa paterna, que un día cree su hogar y pase muchas horas de soledad en el despacho o fábrica. Y nadie considera esas situaciones ineludibles como "pérdida". Nos parece que el hombre se realiza a sí mismo a golpes de cincel y esos golpes no matan la personalidad sino que la robustecen. Algo así nos debiera ocurrir con nuestra vejez futura. Tan natural es "hacerse viejo" como coger el tren y marcharse a Madrid a proseguir estudios, o formar un hogar. Es una etapa más de nuestra vida que debemos llenar de sentido. Temerla es ser infieles a nuestra autorealización.

Claro está que esta ausencia de miedo a la vejez no es en modo alguno un escamoteo fácil de sus problemas. La vejez es desgaste, es silencio del cuerpo. Pero no identifiquemos la vejez biológica con la vejez del hombre como persona. Muchas de nuestras facultades se adormecen o, simplemente, se pierden. Pero otras se agudizan o remansan. Compárese el siguiente "Balance en el pensamiento del anciano" que aunque antiguo en la letra es perenne en el contenido:

Bienes

Mirada serena del pasado
Mayor sensibilidad estética
Convicciones profundas y seguras
Síntesis más amplia
Facilidad en la técnica del pensamiento
Mayor elasticidad en el manejo de la lengua
Carácter más viril de la elocuencia
Gran aptitud política

Asociaciones de ideas más numerosas y más fáciles

Gran aptitud estereoscópica para abrazar a un mismo tiempo todos los aspectos de un problema.

Males

Debilidad de la memoria

Poca paciencia para el análisis y la observación.

Menor resistencia en el trabajo.

Dificultad para absorber nuevos conocimientos

Creación más endeble

Fantasia más débil (2).

(Por supuesto, no me creo obligado a defender todas y cada una de estas afirmaciones. Las abrazo en su conjunto).

Como ven, hay de todo. Lo mismo que en el niño o en el adolescente. ¿Qué joven no ha pasado su bautismo de disconformidad por sistema, o de imaginación descontrolada? Son fenómenos que representan constantes ordinarias en la evolución normal del individuo.

Yo diría que la preparación de nuestra vejez es más cuestión de actitudes fundamentales que de elaboración teórica de programas a largo plazo. Estas actitudes podrían ser entre otras: juventud responsable, juventud creadora, juventud generosa (entrega a los demás), juventud comprensiva... ratos de soledad en que el hombre madura, y esfuerzo positivo por comprender gradualmente el sentido total de nuestra vida. Sin despreciar la terapia del "hobby" y el signo de los tiempos de valernos por nosotros mismos siempre que podamos. No pretendo analizar, una tras otra, estas diversas actitudes. Sólo diría que la llama creadora es quizá uno de los mejores

preventivos de una vejez inútil. Crear es realizarnos. El hombre que renuncia a la creación (perfeccionando las parcelas de su cultura que es una manera de crearse a sí mismo, revisando sus métodos de trabajo, buscando un tiempo mínimo para plasmar siquiera en unas cuartillas el propio ideario, creando belleza en el sentido más estricto de la frase etc. etc.) será un anciano prematuro. Por eso defenderé siempre el malherido idealismo del hombre insatisfecho con lo estratificado por inercia.

Junto a la creación, el respeto mutuo a los modos de vida o de pensar ajenos. Esto exige en el joven —mucho más en el viejo— una flexibilidad valorativa para convencerse de que en la vida son muy pocas las cosas inmutables. De ahí, el profundo respeto. Pero eso tampoco basta. Todos hemos conocido ancianos que respetan las maneras de ser de los demás, pero las consideran tan absolutamente ajenas a las propias que no se han tomado la molestia de intentar comprenderlas para iniciar el diálogo. ¿Lo hicieron cuando jóvenes?

Gran importancia tienen a su vez los pequeños ratos de soledad para pensar a fondo el sentido del mundo y de la vida. Soledad en cristiano, que es lo más opuesto al monólogo inoperante de los "insociables". Soledad para comprender, incluso vivencialmente, el sentido transitorio de la existencia terrena. Y notemos que esta transitoriedad no encierra en absoluto el menor desprecio por la espiritualidad optimista de la ciudad terrena en construcción: abandonar nuestro compromiso sangriento por un mundo mejor es traicionar nuestra vocación cristiana, como también lo es escamotear a nuestra existencia terrena el sentido de paso, de sendero, de prueba: marcha comunitaria hacia el Padre. Esta toma serena de postura hay que hacerla de joven.

Subrayo, finalmente, la actitud desprendida del total don de sí como preparación a una vejez en plenitud. Jamás

(2) Paolo Mantegazza (1831-1910): «Elogio della Vecchiaia». Citado en «Suggerimenti pastorali per i Sacerdoti e per le Suore addetti alla cura delle persone anziane». Rivista di Asetica e Mistica. Milano. Vol. 7 (1962) pág. 415.

adelantemos el ritmo de la naturaleza. Tiempo vendrá en que seremos incapaces de "ceñirnos a nosotros mismos". No caigamos de jóvenes en la burguesía egoísta de intentar hacernos el centro de la pequeña historia que nos rodea. El cristiano, por definición, — y mucho más el sacerdote— tiene una vocación de servicio. Si concibe así su profesión no caerá en la burguesía (¿por qué no llamarla lamentable inutilidad?) de ansiar ser servido aun en detalles mínimos. Este autoservicio inteligente mantendrá en juventud muchas de nuestra energías vitales. ¡Cuántas mujeres agradecerán en su ancianidad la "falta de servicio" (de sirvientes) que les impidió en su juventud anquilosarse en el butacón devorando horas y horas novelas mediocres o programas de relleno en la TV?

La vejez ha llamado

Por fin, nuestra vejez. No nos pregunten cuándo que es cosa personal. Quizá nos lo eche en cara ingenuamente la lengua trapajosa de algún nietecillo. Quizá nadie se atreva a descubrirnolo. Pero el hecho está ahí. Lo veníamos notando hace ya años: "Me estoy haciendo viejo". Como todo proceso vital que afecta a la totalidad del organismo no es cosa de un instante. Ni siquiera, salvo algunas sorpresas biológicas, se detecta en un año o en dos. Lo esencial es que se trata de un proceso incoercible.

"De los cincuenta hasta los cincuenta y cinco años percibe el hombre las consecuencias de la excoriación general. Se está haciendo viejo; pronto lo será. Puede, debido al género de vida que él mismo elige, compensar la excoriación con ejercicio, movimiento, actividad. Pero al final no puede detener el proceso. Entonces ocurre que la vitalidad cede... No es tan seguro que disminuya también la fuerza del pensamiento" (3).

Llegados a este punto clave de la vida, nuestra vejez podrá tomar dos direcciones: una de inmadurez (inconformismo, evasión, apariencia, "teatro"), otra de plenitud. En nuestra dirección influirá nuestra historia, pero —no lo olvidemos— la libertad del hombre que coopera a la gracia tiene siempre la gran alternativa de cambiar el rumbo de la historia. *"Nuestra vejez será en gran medida lo que nosotros hagamos de ella. No es solamente juventud perdida; sino una nueva manera de vida en una nueva situación y con la nueva tarea: realizar la plenitud de nuestro ser en un estado de decadencia corporal y de constante disminución de funciones sociales. La tarea del hombre consiste en tomar sobre los hombros la responsabilidad de la vida pasada, del presente y eventualmente del futuro"* (4).

Contemplando el pasado

Siempre se nos ha dicho que los ancianos viven de recuerdos. Lo interesante es que los recuerdos son jirones de vida y la vida se compone de hechos y omisiones. Es natural que en esa época clave en que el hombre dispone de largas horas de recuerdo la vida se presente con carga positiva o negativa. Si todo es positivo, salvo las deficiencias ordinarias, no hay especial peligro. El peligro comienza cuando el pasado es hueco y los años inútiles. Entonces el anciano siente la tentación de la desesperanza. Comprende que el pasado no vuelve. Si su fe está dormida se agudiza el problema. Es entonces cuando un buen consejero puede abrir al anciano un camino sincero de esperanza: la posibilidad de rehacer, en cierto modo, su pasado, arrojándose en Dios que es todo Afirmación. ¿De qué manera?

(3) Albert Krickemans: «La vejez, culminación de la vida». Euramérica. Madrid, 1964. Pág. 59.

(4) Ver cita anterior. Págs. 61 y 63.

Hay, a mi parecer, dos tipos de santidad. Una que llamaríamos de líneas paralelas —Dios y el hombre han rimado en la vida como viejos amigos— y otra que llamaríamos tangencial. La primera se entiende fácilmente: sería la santidad de los “buenos cristianos”. La segunda, irrupción desbordante de la gracia en un recodo de nuestra pobre vida, sería la santidad del “buen ladrón”. Ambas son santidad. Quizá en la segunda la intensidad del acto con que enjuicia su vida el buen ladrón, en desnudez sincera ante Dios, suple con creces el vacío del pasado. A fin de cuentas, la santidad es gracia y en el orden de la gracia el amor está por encima del tiempo. No se trata, por supuesto, de hacer que el pasado deficiente se convierta en plenitud ni que el daño causado se transforme en caricia, pero sí —y esta es la gran posibilidad del arrepentimiento— hacer que nuestro corazón gastado se convierta en un corazón nuevo, transformándonos enteramente por la gracia. Santidad en este caso, será lanzarnos humildemente a la misericordia de Dios, aceptando con valentía sobrenatural nuestro despojo total de algo que valga la pena. Si aceptamos nuestro pasado, sin restricciones, incorporándolo humildemente a nuestra situación nueva, aborreciendo cordialmente su vacío, podemos decir que estamos salvados.

Intentemos decir unas palabras sobre nuestro presente.

Vivir, siempre es presente

En el año 1962 tuvo lugar en Londres el X Congreso de la F. I. A. M. C. (Federación Internacional de Asociaciones Médicas Católicas). Una especial atención mereció el tema de la vejez como etapa vital. Creo interesante transcribir algunas conclusiones del estudio del Dr. George Yahn (profesor en la Universidad de San Diego, California) sobre lo que él llamó deberes y derechos del anciano. Pueden sernos útiles, al menos como punto de partida

para una toma de posiciones en nuestra vejez. Partiendo del Derecho natural, deduce las siguientes conclusiones:

Derechos fundamentales del anciano:

- 1) El derecho de ser útil.
- 2) El derecho de ser utilizado socialmente en una manera adecuada a la propia capacidad.
- 3) El derecho de estar libre de la necesidad y ser ayudado por los hijos según sus posibilidades.
- 4) El derecho de tener una participación justa en el cuadro de las instituciones médicas, recreativas y educativas de la comunidad.
- 5) El derecho de tener un alojamiento adecuado a las necesidades de los últimos años.
- 6) El derecho de ser ayudado económica y moralmente por la propia familia y los hijos, en una manera adecuada a sus posibilidades.
- 7) El derecho de vivir independientemente, en la manera preferida.
- 8) El derecho de vivir y morir con dignidad.
- 9) El derecho de estar preparado material y espiritualmente para la vida futura.
- 10) El derecho de estar informado sobre todo lo que respecta a las posibles mejoras de los últimos años de la vida.

Deberes fundamentales del anciano:

- 1) Prepararse para llegar a ser y permanecer diligente, activo, capaz y autosuficiente.
- 2) Permanecer útil todo el tiempo permitido por la salud y las circunstancias.
- 3) Hacer proyectos concretos de actividad durante los años del pensionado, (se refiere, claro está, sólo a un sector de ancianos).
- 4) Prepararse a aplicar los principios sanos de salud física, mental y espiritual.
- 5) Buscar los consejos de los expertos en el campo de la salud.

6) Buscar nuevos modos de servicio para los años que siguen a la jubilación en el trabajo habitual.

7) Ser útil a la sociedad, a Dios y a la Iglesia, con el ofrecimiento de los propios sufrimientos y la aplicación de éstos a una intención particular de servicio.

8) Adaptarse lo más posible a los cambios ocasionados por el correr de los años.

9) Poner a disposición de la sociedad las experiencias y conocimientos adquiridos durante la vida.

10) Mantener con los propios familiares y amigos tales relaciones que llegue a ser para ellos el consejero más escuchado y apreciado (5).

Sin una explicación innecesaria de este doble "decálogo" (la palabra decálogo es ya demasiado convencional para agradarnos verla repetida), quisiera detenerme en el papel que el dolor tiene en la estructuración de nuestra vejez. No olvidemos que maduración síquica y dolor van con frecuencia juntos.

Un viejo amigo

El anciano descubre cada mañana que la vida se escapa. Algo así como un viejo molino que comienza a chirriar. Con frecuencia, ese viejo compañero de la vida que es el dolor, llega a hacerse huésped inseparable de nuestra vejez. No seamos tan utópicos que despojemos al dolor de lo que es su esencia íntima. El dolor será siempre molesto, "inoportuno", como el llanto de un niño que no quiere dormir o el gemido nocturno de una ventana desencajada. Pero hay muchos aspectos positivos en el dolor. El dolor, indudablemente, nos ayuda a "situarnos", nos devuelve a nuestro centro.

La plenitud de vida tiene mucho de dominio del mundo. El sano —y de ordinario el joven— no sólo está contento de su instante biológico. A su manera, siente que en muchos campos se basta a sí mismo. Este sentimiento (optimismo biológico podríamos llamarle) es totalmente legítimo y muchas veces necesario. El dolor, sin embargo, nos conduce suave o brutalmente a una mayor hondura en nuestro propio yo: hay algo en el dolor que nos descubre nuestra propia impotencia, nuestra falta de apoyo en lo creado. El dolor, con frecuencia, es una gran llamada al Absoluto. Porque la tierra falla a nuestros pies nos sentimos incapaces de detener el propio cataclismo. Entonces comprendemos de una manera experimental que todo lo creado es provisorio. Surge en nosotros paradójicamente el sentido objetivo de la existencia humana. El creyente, desde su inestabilidad dolorosa redescubre *nada menos* que a Dios como Apoyo absoluto. "Se nos ha dado la facultad de descubrir preguntando el sentido del mundo y de la vida humana, el cual finalmente lleva a aceptar la presencia de un apoyo absoluto, de una base portadora y de una protección que lo abarca todo, que es alguien, una persona. Es más: el cristiano cree que Dios es su padre, que nos ha enviado a su Hijo para restablecer de manera más gloriosa todavía que cuando fue creada nuestra naturaleza caída por el pecado original. Cristo ha vivido entre nosotros. Sufrió y murió en la cruz. De El podemos aprender que la vida es una prueba. La profesión no es su fin; el matrimonio no es el paraíso en la tierra. Todo lo que nos afecta es un motivo de prueba" (6).

¿Cómo llegamos a este encuentro vital con Dios a través del sufrimiento? Temo que los análisis no sepan explicárnoslo vivencialmente. Convendría recordar que la fe es un conocimiento

(5) «La Vecchiaia al recente Congresso lordinense dei Medici Cattolici». Rivista di Aestica e Mística, número citado, págs. 538-539.

(6) A. Krickemans. Obra citada. Págs. 67-68.

absolutamente superior al sensible y que Dios nos la infunde en nuestro corazones.

Intimamente emparentado con el dolor cotidiano está el dolor supremo: esa gran aventura de nuestra vida que es la muerte.

Permitidme primero que proteste de la vieja tendencia a concebir la muerte como estación de término absoluta. Urge gritar a voz en cuello que la muerte es tan sólo un episodio. Episodio crucial, pero episodio. Hemos resaltado de tal manera los aspectos trágicos de la muerte que nos resulta difícil considerarla como un acto de servicio amoroso y una oblación al Padre. Más aún; la muerte es el prelude de una existencia nueva. Por algo se le llama cristianamente "tránsito".

Para entender el sentido positivo de la muerte conviene recordar nuestra muerte inicial en el bautismo. Allí fuimos incorporados vitalmente a Cristo. Nuestra vida cristiana no es otra cosa sino reproducir —más exactamente, "vivir en nosotros"— la vida de Cristo. En El nos gozamos y en El luchamos. Sumergidos en El, vamos reproduciendo casi sin darnos cuenta los estados de Cristo. Somos hechos "partícipes de su suerte". "Y así por el bautismo —dice la reciente Constitución Conciliar sobre la Sagrada Liturgia— los hombres son injertados en el Misterio Pascual de Jesucristo: mueren con El, son sepultados con El y resucitan con El" (7). Por eso nuestra muerte no es muerte solitaria. Morimos "en la Iglesia". Diría que la muerte es un acto de culto: la gran posibilidad de glorificar a Dios, ofreciendo en unión con la Muerte de Cristo nuestra pequeña muerte, siendo así "salvados" en Cristo, cooperando a su obra redentora completando en nos-

otros lo que falta a su pasión (8). Sabiendo, finalmente, que hay una unidad dinámica entre el binomio Muerte-Resurrección.

Creo que valdría la pena al cruzar el umbral de la vejez, aceptar de manera refleja nuestra muerte futura como un gozoso Sí de todo nuestro ser a la acción salvadora de Cristo. Poco importa la angustia de la muerte con su incapacidad de pensar o sentir si antes hemos aceptado conscientemente su apasionante sentido cristiano. Morir es decir un SI a Dios. Quizá por esto sea la gran adoración de nuestra vida.

Punto y aparte

Casi sin darnos cuenta, hemos des-embocado en el sentido último de la existencia humana. No nos debe extrañar, ya que nuestra vejez según he defendido en estas notas es esencialmente plenitud.

Quisiera terminar subrayando un matiz de la vejez altamente simpático: la serenidad espiritual que permite al anciano gozar de la belleza de las cosas con la inocencia nueva del que cala su auténtico sentido. Todos debiéramos facilitar a nuestros ancianos este goce sencillo de lo que Dios ha hecho. "La vejez debe ser la edad de disfrutar del descanso después del trabajo. Debe ser la edad de las vacaciones de la vida. En los países ricos y bien organizados las pensiones de los viejos son generosas; los ancianos pueden llenar los autobuses en excursiones colectivas, pueden vivir solos o, si están en casa de un familiar, sentirse seguros y protectores en vez de protegidos" (Laforet).

(8) Para una explicación más amplia del texto a que aludo: Col 1, 24, remito al lector a «La Sagrada Escritura. Texto y Comentario Tomo II», Editorial Católica, Madrid 1962. Págs. 836 y ss. Transcribo solamente la siguiente frase explicativa del texto: «El Apóstol se alegra de padecer para ayudar a Cristo en la obra de la redención. Sus penas son saludables».

(7) Constitución sobre la Sagrada Liturgia. Cap. 1.º, núm. 6.